



La Petita Princesa

y el país confinado

Biencorto III



Era un país muy lejano y pequeño con un rey y unos nobles muy refinados, todos vestidos de pedrería y seda, siempre de colores muy oscuros, que daban seriedad y distinción. Se mantenían siempre quietos, mayestáticos e impasibles para parecer más importantes.

Del rey decían que era muy bueno aunque no muy listo. Se llamaba Biencorto III y su mujer, la reina, llevaba el nombre de Muyalelada y a ambos les gustaba mucho mandar y ser obedecidos enseguida. Por suerte estaba el Gran Visir Hesmal Bado que sí era muy listo, pero quizás no tan bueno, nada amable y más bien despiadado con los súbditos. Exigía a todos sumisión absoluta e inmediata (por el bien de toda la sociedad).

Como eran muy ricos vivían en palacios y castillos hechos con piedra de importación y adornados con cosas muy caras y rezaban en catedrales forradas de oro. Había de todo y todo de lo mejor que había. Lagos y ríos tenían las orillas bien rectas. Jardineros reales cuidaban noche y día que ninguna hierbecilla creciera fuera de los límites marcados, todo sin hojas muertas, ni animalitos que molestaran, ni piedrecitas en medio del camino. Más allá estaba el mar del reino, con la costa recortada bien recta y cada grano de arena en su lugar.

Todo el mundo obedecía las órdenes reales sin quejarse desde tiempo inmemorial, quizá no eran felices pero había paz y orden y pensaban que la felicidad era esto: vivir sin sobresaltos y sin tener que pensar demasiado.

Muyalelada



Hasta que una niña pequeña, de manera inexplicable, comenzó a cuestionar las cosas. ¿Y esto por qué? ¿Y por qué no lo puedo hacer? preguntaba. Al poco las criaturas más pequeñas del país también hacían preguntas, desobedecían y se revelaban. Incluso gente mayor que siempre se habían comportado según los reglamentos tampoco eran bien mandados.

Los gobernantes consultaron a los sabios del país que, después de mucho pensar, dijeron que era una enfermedad que tenía la niña que algún microbio la contagiaba al través del aire, de los mosquitos, de las sonrisas o de las miradas.

A esta niña pequeña le llamaban princesa porque era familia lejana del rey, pero ella casi no conocía a la familia real y los encontraba estirados y antipáticos. Era prima segunda de un primo tercero del nosequé del tatarabuelo del rey. Ocupaba el puesto 234 en la línea de sucesión al trono. Se llamaba Zolimuri y las princesas más importantes la menospreciaban llamándola "petipri" que quería decir pequeña princesa.

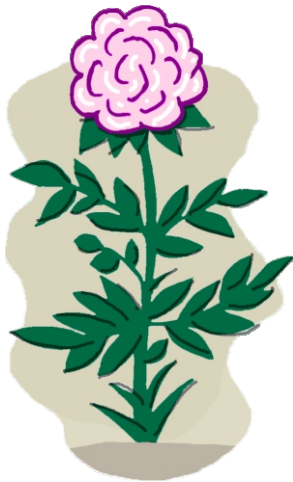
No se comportaba según las normas de la corte. Iba y venía a su aire, llevaba vestidos de colores, era amable con la gente del pueblo y tenía amigos entre los criados y los agricultores. Se entendía con los niños pequeños sin decir palabras, incluso antes de que nacieran. Algunas mujeres embarazadas la iban a ver para que les dijera cosas bonitas y vinieran al mundo contentos.



Gran Visir Hesmál Bado



zorro despistado



la rosa

Sus mejores amigos eran un dragón volador casi transparente, que sólo podía ver ella, una estrella azul que lucía sobre la ciudad por las noches y que le contaba historias muy antiguas porque era muy vieja y tenía mucha memoria. También un pequeño zorro despistado que, dejando el bosque, iba a pasear por la ciudad de vez en cuando y una rosa que la miraba tras la reja de un jardín.

En palacio consideraban que la pequeña princesa era una bruja desobediente que perturbaba la paz y el orden riguroso que siempre había imperado entre los buenos ciudadanos, por lo que el Gran Visir dio instrucciones estrictas para acabar con esta epidemia de hacer demasiadas preguntas y no obedecer al instante los mandatos reales. Se declaró el estado de urgencia nacional inmediata.

Todo el pueblo quedó aislado, sus habitantes encerrados dentro de sus casas y las casas dentro de unas murallas hechas para impedir salidas o entradas no programadas, con una sola puerta vigilada día y noche por unos guardias con el doble de armamento. Mandó que todos fueran cubiertos de arriba abajo con unos trajes que no dejaban pasar los microbios, ni los mosquitos, ni las miradas, también llevaban la boca tapada para que no se vieran las sonrisas. Las visitas y las fiestas fueron restringidas o eliminadas del todo hasta nueva orden. Todo complementado con castigos muy severos por los que no obedecieran. Siempre pensando en el correcto funcionamiento de la comunidad.

A Zolimuri la confinaron en la torre más alta y lejana del

castillo donde no podía hablar ni verse con nadie, no fuese que la vieran sonreír y se pusieran enfermos. Lo que no sabían los gobernantes es que ella podía hablar con sus amigos y con las criaturas del pueblo a distancia, usando la imaginación. Y de esta manera todos los niños pequeños (y alguno más grande) continuaron haciendo preguntas impertinentes un día sí y otro también.

Al cabo de muchos días de estar cerrada aburriéndose, aprovechó un descuido de los guardias, que iban tan tapados con armaduras que casi no veían y poco se podían mover, para escaparse. Como no era prudente volver a la ciudad, fue hacia el bosque, a casa de la abuela de una amiga suya que vivía allí hacía muchos años, recolectando hierbas medicinales para ayudar a la gente que la venía a ver.

Allí se estuvo mucho tiempo, haciéndose amiga de los lobos y otros animales que vivían allí y que el zorro despistado le presentó. Su dragón se encontraba muy a gusto, la estrella lucía esplendorosa en el cielo y sólo añoraba su pobre rosa encerrada tras las rejas. Hizo amistad con unos espíritus o duendes que se dedicaban a cuidar todo lo que había en el bosque y sus alrededores, cada cosa tenía uno, cada árbol, cada fuente, incluso cada brizna de hierba y cada piedrecita tenía un pequeño espíritu que la cuidaba.

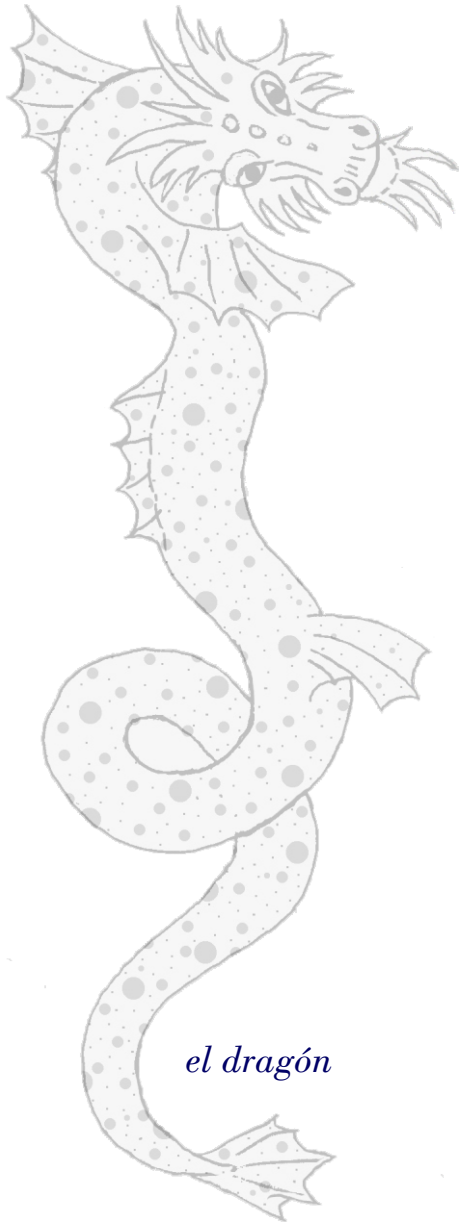
Vive tan feliz que el tiempo pasa y no se acuerda nunca de volver. Es reconocida finalmente, al cabo de los años, por un viajero que pasaba por el bosque y que le dice que ahora es ella la heredera del reino porque no queda nadie más, los nobles



Zolimuri, la petipri



la estrella



el dragón

más poderosos estaban arruinados y todos habían huido de la ciudad para no ponerse enfermos de ir tan tapados y sobre todo de no sonreír nunca.

De modo que la Zolimuri decide viajar a ver cómo va todo por la ciudad. No se puede creer que no quede nadie con tanta gente como había.

Cuando llega encuentra los grandes palacios, el castillo y toda la villa arrasados y abandonados. Todo está en ruinas y lleno de polvo. Puertas agrietadas que cierran casas sin paredes, piedras machacadas y ventanas rotas cubrían el suelo. Ni el viento pasaba por lo que antes habían sido calles rectilíneas.

Nada quedaba de los caballeros y damas elegantes ni de sus palacios, jardines y mansiones. Abandonaron sus posesiones porque que la «enfermedad» les ganó y al final, nadie les obedecía ni les hacía reverencias. Toda la gente que les servía les abandonó y los mismos ciudadanos que eran tan obedientes, se fueron marchando poco a poco para tratar de ser felices en otro lugar.

Unos fueron a vivir a unos países donde la vida no estuviera tan reglamentada y otros marcharon a las montañas o al borde del mar que, después de unas cuantas tormentas, había vuelto tener sus formas originales, con playas y rocas esparcidas de cualquier manera.

La naturaleza lo invadía todo sin prisa, recobrando sus antiguos espacios. Ahora se respiraba mejor. El olor de los pinos y del romero se estaba presente y el perfume de su rosa

Llegaba a todos los rincones.

Casi no quedaba ni una línea recta.

Con la ayuda de los pájaros esparció semillas de todo tipo de plantas y nuevos duendes se hicieron cargo para ayudarlas a crecer. Todo quedó tapado con una montaña llena de vegetación y de nueva vida y nadie recordó nunca más aquel reino tan importante que estaba enterrado debajo.

Allí Zolimuri vivió muy feliz con sus compañeros y con el tiempo, nuevos amigos venidos de todas partes se establecieron en esta montaña. Vivían tranquilos y contentos, practicaban la bondad con todos y eran amables con los vecinos de todas las especies: minerales, animales o vegetales.

Pero un día, al cabo de mucho, mucho, mucho, mucho tiempo, hubo uno que, ignorante de todo lo que había pasado, pensó que le correspondía mandar sobre los demás...

Pero eso ya sería otra historia.

F I N

un cuento hecho por el Pifa y las circunstancias

Barcelona, 17 de Marzo de 2021